

Bharati MUKHERJEE, «La gestión del dolor (1988)»

Bharati MUKHERJEE, «The Management of Grief (1988)»

Traducido por ISABEL ALONSO BRETO

Universidad de Barcelona, Gran Via Corts Catalanes, 585, 08007 Barcelona.

Dirección de correo electrónico: alonsobreto@ub.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5684-7399>.

Recibido: 28/2/2017. Aceptado: 30/7/2017.

Cómo citar: Mukherjee, Bharati, «La gestión del dolor (1988)», trad. Isabel Alonso Breto, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 20 (2018): 609-625.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.20.2018.609-625>

RESEÑA INTRODUCTORIA

Bharati Mukherjee nació en Kolkata (entonces Calcuta), India, en 1940. Durante su infancia asistió a colegios privados en Europa, y después regresó a India para estudiar en las universidades de Baroda y Kolkata. Fue admitida en el prestigioso University of Iowa Writers' Workshop de Estados Unidos, donde obtuvo un máster y un doctorado en Literatura Comparada. Entre 1966 y 1980 vivió en Canadá con su esposo Clark Blaise, también escritor. En 1989 obtuvo la ciudadanía estadounidense, país en el que residió la mayor parte de su vida. Fue profesora de Literatura Postcolonial y Comparada en la Universidad de California en Berkeley.

«El relato de la inmigración es la épica de este milenio», escribió. En efecto, la totalidad de su obra gira en torno al hecho de la migración, las identidades migratorias, sobre todo femeninas, y las sociedades multiculturales. Es autora de varias novelas y colecciones de cuentos que han recibido distinguidos galardones y disfrutado de gran éxito de público, entre los que destacan *The Tiger's Daughter* (1971), *Wife* (1975), *The Middleman and Other Stories* (1988), *Jasmine* (1989), *The Holder of the World* (1993), *Leave It to Me* (1997), *Desirable Daughters* (2002), *The Tree Bride* (2004) y *Miss New India* (2011). En 1987 publicó, con Clark Blaise, *The Sorrow and the Terror: The Haunting Legacy of the Air India Tragedy*, sobre la tragedia del vuelo Air India 182, ocurrida el 23 de junio de 1985, episodio que también inspiró el relato aquí traducido.

LA GESTIÓN DEL DOLOR

Una desconocida está preparando té a la manera india en mi cocina. Hay muchas desconocidas en mi cocina, susurrando y moviéndose con delicadeza. Abren armarios, rebuscan en la despensa e intentan no preguntarme dónde guardo las cosas. La situación me recuerda cuando mis hijos eran pequeños, en el día de la Madre, o cuando Vikram y yo estábamos cansados y ellos se preparaban unas chapuceras tortillas medio líquidas. Yo me quedaba en la cama fingiendo que no los oía.

El doctor Sharma, el tesorero de la Asociación Indocanadiense, me arrastra a la entrada. Quiere saber si me preocupa el dinero. Su mujer, que acaba de subir del sótano con una bandeja de tazas y vasos vacíos, le recrimina. «No molestes a Mrs. Bhave con detalles prosaicos». Su embarazo se ve tan monstruoso que ya debe de haber salido de cuentas. Le digo que no debería cargar cosas pesadas. «Shaila», dice, sonriendo, «este es el quinto». Y agarra a un adolescente por la camisa. Él se quita el *walkman*. Debe de ser uno de sus cuatro hijos. Todos tienen la misma frente ahuevada y hundida. «¿Cuál es el relato oficial ahora?», pregunta. El chico se vuelve a poner los auriculares. «Están evasivos, Ma. Dicen que podría ser un accidente o una bomba terrorista».

Los chicos han pasado la mañana susurrando, «Bomba sij, bomba sij». Los hombres, sin pronunciar la palabra, inclinan la cabeza asintiendo. Mrs. Sharma se lleva la mano a la frente al oírla. Por lo menos han dejado de hablar de desechos espaciales y láseres rusos. Hay dos radios encendidas en el comedor. Están sintonizadas en emisoras distintas. Alguien debe de haberlas traído de los dormitorios de mis chicos. No he ido a sus habitaciones desde que Kusum entró corriendo por la puerta principal en albornoz. Estaba tan graciosa, me eché a reír cuando abrí la puerta. El gran televisor de la sala está siseando entre canales americanos y de televisión por cable. «¡Maldita sea!», exclama uno de los hombres con amargura. «¿Cómo pueden seguir esos predicadores como si no pasase nada?». Me gustaría decirle que no somos tan importantes. Miras al público, y al predicador con su traje azul y su hermoso cabello blanco, la palmera en su tiesto bajo el cielo azul, y sabes que no les importa nada.

El teléfono suena sin parar. El Dr. Sharma se ocupa de eso. «Estamos con ella», repite. «Sí, sí, el doctor le ha dado calmantes. Sí, sí, las pastillas le están haciendo el efecto necesario». Me pregunto si las pastillas por sí mismas pueden explicar esta calma. No es paz, es una quietud mortal. Yo siempre he sido tranquila, pero no reprimida. El ruido me llega, pero mi cuerpo está tenso,

listo para empezar a gritar. Oigo sus voces a mi alrededor. Oigo a mis chicos y a Vikram llorando, «¡Mamá, Shaila!» y sus voces me aíslan, como auriculares.

La mujer que está hirviendo el agua repite su historia una y otra vez. «Me enteré la primera. Mi primo llamó de Halifax antes de las seis de la mañana, ¿te imaginas? Se había levantado por sus oraciones y su hijo estaba estudiando para los exámenes médicos y escuchó en un canal de rock que a un avión le había pasado algo. Dijeron que primero había desaparecido del radar, como si lo hubiese alcanzado una goma de borrar gigante. Su padre me llamó, así que le dije, ¿qué quieres decir, algo malo?, ¿quieres decir un secuestro? Y él dijo, Behn, todavía no hay nada confirmado, pero avisa a tus vecinos, porque muchos de los suyos debían de ir en el avión. Así que llamé a la pobre Kusum enseguida. Sabía que el marido y la hija de Kusum tenían una reserva para irse ayer».

Kusum vive al otro lado de mi calle. Ella y Satish se mudaron hace menos de un mes. Decían que necesitaban una casa más grande. Toda esta gente, los Sharma y demás amigos de la Asociación Indocanadiense, vinieron para la inauguración de la casa. Satish y Kusum prepararon *tandoori* en su gran parrilla de gas, y hasta los vecinos blancos se llenaron los platos de ese pollo escandalosamente rojo, jugoso y chamuscado. Su hija menor bailó, y hasta nuestros chicos se despegaron de la transmisión de la Stanley Cup para aparecer brevemente. Todo el mundo sacó fotos para sus álbumes y para los periódicos de la comunidad –otra de nuestras familias había triunfado en Toronto– y ahora me pregunto cuántos de esos rostros felices se han ido. «¿Por qué Dios nos da tanto si se propone quitárnoslo?», me pregunta Kusum.

Yo asiento. Estamos sentadas en la moqueta de la escalera, cogidas de las manos como niñas. «No le dije que le quería ni una sola vez», digo, «Yo era la típica mujer bien educada. Me educaron tan bien que nunca me sentí cómoda llamando a mi marido por su nombre de pila», digo.

«No pasa nada», dice Kusum. «Él lo sabía. Mi marido lo sabía. Ellos lo sentían. Las chicas jóvenes y modernas tienen que decirlo porque lo que sienten no es auténtico».

La hija de Kusum, Pam, entra corriendo con una pequeña maleta. Lleva el uniforme de McDonald's. «¡Mamá, tienes que vestirme!». El pánico la pone fuera de sí. «Está llegando un periodista».

«¿Por qué?».

«¿Quieres hablar con él en albornoz?». Se pone a cepillarle el cabello. Es la hija que siempre da problemas. Sale con chicos canadienses y frecuenta el centro comercial para comprarse jerséis ajustados. La pequeña, la *niña buena*

según Pam, la que tiene una voz tan dulce que cuando cantó *bhajans* para ayudar a Etiopía hasta un hombre frugal como mi marido firmó un cheque de cien dólares, iba en el avión. Iba a pasar julio y agosto con los abuelos porque Pam no quería ir. Pam dijo que prefería ser camarera en McDonald's. «Si hay que elegir entre Bombay y el País de las Maravillas, elijo el País de las Maravillas», había dicho.

«Déjame en paz», aúlla Kusum. «¿Sabes lo que quiero hacer? Si no tuviese que cuidar de ti me ahorcaría».

El joven rostro de Pam se tinte de dolor. «Gracias», dice, «por mí no lo dejes».

«Calla», recrimina a Pam la embarazada señora Sharma. «Deja tranquila a tu madre. El doctor Sharma atenderá a los periodistas y llenará los informes. Él dirá lo que hay que decir».

Pam se resiste. «¿Creen que no sé lo que piensa mi madre? *Por qué ella*, eso es lo que piensa. Mi madre querría que mi hermana pequeña estuviera viva y yo fuese la muerta».

La temblorosa mano de Kusum está ardiendo entre las mías. Seguimos sentadas en las escaleras.

Avisa antes de llegar, y pregunta si necesito algo. Su nombre es Judith Templeton y es una delegada del Gobierno provincial. «¿Multiculturalismo?», pregunto, y ella dice «en parte», pero que sus competencias son más amplias. «Me han dicho que usted conocía a muchas de las personas que volaban», dice. «¿Quizás estaría dispuesta a ayudarnos a contactar a los demás...?».

Por lo menos me da un poco de tiempo para poner a hervir agua para el té y arreglar el caos de la habitación de delante. Podría freír unas pocas *samosas* que me quedan de la inauguración de Kusum, pero entonces pienso, ¿para qué prolongar esta visita?

Judith Templeton es mucho más joven de lo que parecía por teléfono. Viste un traje azul con blusa blanca y corbata de óvalos. Es rubia y lleva el pelo corto, sus únicas joyas son unos pendientes de perla. Su maletín de piel de cordobán se ve nuevo y caro. Lo sostiene sobre las piernas mientras está sentada. Cuando mira la calle desde la ventana, sus lentes de contacto parecen flotar sobre el azul de sus ojos.

«¿Qué tipo de ayuda quiere de mí?», pregunto. Ha rechazado el té, por educación, pero yo insisto, y también con unas galletas un poco rancias.

«No tengo experiencia», admite. «Es decir, tengo un máster en Trabajo Social y he trabajado con víctimas de accidentes, pero quiero decir que no tengo experiencia en una tragedia de esta magnitud...».

«¿Quién la tendría?», pregunto.

«...y con la complicación de la cultura, el idioma y las costumbres. Alguien comentó que Mrs. Bhave es un pilar... porque usted se lo ha tomado con más calma».

En este momento he debido de fruncir el ceño, porque se acerca hacia mí hasta casi cogerme la mano. «Espero que entienda lo que quiero decir, señora Bhave. Hay cientos de personas en Metro¹ directamente afectadas, como usted, y algunos no hablan inglés. Hay viudas que nunca han manejado dinero o cogido un autobús, y hay padres ancianos que todavía no han comido ni salido de sus dormitorios. Algunas casas y apartamentos han sido asaltados. Algunas esposas siguen histéricas. Algunos maridos están en estado de *shock* y depresión aguda. Queremos ayudar, pero tenemos las manos atadas en distintos sentidos. Tenemos que distribuir dinero entre algunas personas, y hay documentos legales –estas cosas se pueden hacer–. Tenemos intérpretes, pero no siempre tenemos el toque humano, o quizás el toque humano apropiado. No queremos cometer errores, Mrs. Bhave, y es por eso que nos gustaría pedirle que nos ayude».

«Más errores, quiere decir», digo.

«Los asuntos de la Policía no están en mis manos», responde ella.

«Nada de lo que yo haga cambiará las cosas», digo. «Cada uno ha de vivir el duelo a su manera».

«Pero usted lo está llevando muy bien. Todos decían, Mrs. Bhave es la persona más fuerte de todas. Quizás si los otros pudiesen verla, hablar con usted, eso les ayudaría».

«Según los patrones de esas personas que usted llama histéricas, yo me estoy comportando de una manera muy rara, y muy mal, señorita Templeton». Quiero decirle que desearía gritar, dejarme morir de hambre, caminar hasta el interior del lago Ontario, saltar de un puente. «Ellos no me verían como un ejemplo. Yo no me veo como un ejemplo».

Soy un monstruo. Nadie que me haya conocido pensaría que iba a reaccionar de este modo. Esta calma terrible no quiere marcharse.

Me pregunta si puede volver a visitarme cuando regrese del largo viaje que hemos de hacer todos. «Por supuesto», le digo. «Siéntase libre de venir, cuando sea».

¹ Área metropolitana de Toronto.

Cuatro días más tarde, me encuentro a Kusum agazapada en una roca frente a una bahía de Irlanda. No es una roca muy grande, pero sobresale abruptamente del agua. Esta es la distancia más corta que ya siempre nos separará de ellos. La brisa de junio hincha el *sari* de Kusum y le suelta el cabello, largo hasta las rodillas. Tiene el aspecto perplejo de una criatura del mar arrastrada con cabos hasta la orilla.

Han pasado cien horas desde que Kusum llegó aullando y tambaleándose en el césped. Esperando en el hospital hemos oído muchas historias. La policía, los diplomáticos, nos hablan pensando que somos fuertes, que saber nos ayuda a sobrellevar el dolor, y quizás es cierto. Algunos, lo sé, prefieren la ignorancia, o sus propias versiones. El avión se partió en dos, dicen. La inconsciencia fue instantánea. Nadie sufrió. Mis chicos justo debían de haberse acabado los desayunos. Les encantaba comer en los aviones, les encantaba el tamaño diminuto de los platos, tenedores, cuchillos. El año pasado se guardaron los sobrecitos de sal y pimienta. Media hora más y hubiesen llegado hasta Heathrow.

Kusum dice que no podemos huir de nuestro destino. Dice que todas esas personas –nuestros maridos, mis chicos, su hija con la voz de ruiseñor, todos esos hindúes, cristianos, sijs, musulmanes, parsis, y ateos que viajaban en ese avión– estaban destinados a morir juntos en esta hermosa bahía. Esto lo aprendió de un *swami* en Toronto.

Yo tengo mi Valium.

Hoy, seis de nosotros, los «familiares» –dos viudas y cuatro viudos–, hemos preferido pasar el día junto al agua en lugar de sentados en una habitación de hospital revisando fotografías de los muertos. Es así como nos llaman ahora: familiares. He visto veintisiete fotografías en dos días. Son muy amables con nosotros, los irlandeses son muy comprensivos. A veces, *comprensivo* significa liberar un autobús de turismo para hacer un viaje a la bahía, para que nosotros podamos fingir que espiamos a nuestros seres queridos a través del cristal de las olas o en las formas que el sol dibuja en las nubes.

Podría morirme aquí, y estaría conforme.

«¿Qué hay allá lejos?», Kusum se ha puesto de pie y agita las manos, y por un momento veo la forma de una cabeza balanceándose entre las olas. Ella está en el agua, yo sigo en la roca. La marea está baja, y una roca redonda y negra del tamaño de una cabeza ha aparecido entre las olas. Kusum vuelve atrás, el *sari* chorreando y echado a perder y el rostro un retorcido muñón de esperanza, como el mío hace cien horas, cuando aún me estaba riendo pero

por dentro sabía que solo la más terrible tragedia podía juntar a dos mujeres a las seis de la mañana de un domingo. Observo como su rostro se queda lívido, mudo.

«El agua está buena, Shaila», dice al cabo de un rato.

«No puedes», digo. «Hay que esperar que llegue nuestra hora».

No he comido en cuatro días, no me he lavado los dientes.

«Lo sé», dice ella. «Me digo a mí misma que no tengo derecho al dolor. Ellos están en un sitio mejor que nosotros. Mi *swami* dice que debería estar contenta por ellos. Mi *swami* dice que la depresión es una señal de egoísmo».

Quizás soy egoísta. Egoístamente me separo de Kusum y corro, mis sandalias golpeando las piedras, hasta el borde del agua. ¿Y si mis chicos no yacen atrapados entre los restos? ¿Y si no están retenidos una milla por debajo de ese inocente tajo azul? ¿Y si esas corrientes tan fuertes...?

Acabo de echar a perder mi *sari*, uno de los mejores. Kusum se ha unido a mí, las rodillas hundidas en un agua que a mí se me antoja una piscina. Podría quedarme para siempre en el agua, y mi marido me cogería de la mano y los chicos me salpicarían agua en la cara solo para verme gritar.

«¿Te acuerdas qué buenos nadadores eran mis chicos, Kusum?».

«Vi las medallas», dice.

Uno de los viudos, el Dr. Ranganathan, de Montreal, viene a nuestro encuentro con los zapatos en la mano. Es ingeniero electrónico. Alguien en el hotel explicó que su trabajo es famoso en el mundo entero, no sé qué sobre las conexiones entre física y electricidad. Ha perdido una familia muy numerosa, algo indescriptible. «Con algo de suerte», me sugiere el Dr. Ranganathan, «un buen nadador podría llegar hasta alguna isla. Es bastante posible que haya muchos, muchos islotes microscópicos por aquí alrededor».

«¿No lo dirá en serio?»». Le explico al Dr. Ranganathan sobre Vinod, mi hijo mayor. El año pasado también aprendió a hacer submarinismo.

«La obligación de los padres es tener esperanza», dice. «Es absurdo descartar posibilidades que no se han comprobado. Yo mismo no he perdido la esperanza».

Kusum está sollozando otra vez. «Querida señora», dice él, apoyando la mano libre en su hombro, y ella se calma.

«¿Cuántos años tiene Vinod?»», me pregunta. Es muy cuidadoso, como todos nosotros. Tiene, no *tenía*.

«Catorce. Ayer cumplió catorce. Su padre y su tío iban a llevarlo al Taj y organizarle una gran fiesta de cumpleaños. No pude ir con ellos porque no pude conseguir dos semanas de permiso en junio en mi estúpido trabajo». Proceso facturas para una agencia de viajes. Junio es un gran mes para viajes.

El Dr. Ranganathan vacía el forro de los bolsillos de su americana. Rosas aplastadas, en distintos tonos de rosa oscuro, flotan en el agua. Arrancó las rosas de las enredaderas de un jardín privado. No pidió permiso a nadie, pero ahora hay un artículo sobre este tema en los periódicos locales. Si ve una persona india, por favor, dele flores.

«Un muchacho fuerte de catorce años», dice, «puede muy bien rescatar a uno más joven». Mis hijos, aunque se llevan cuatro años, estaban muy unidos. Vinod no hubiese dejado ahogarse a Mithun. Ingeniería eléctrica, pienso, quizás un poco tontamente: este hombre conoce secretos importantes del universo, cosas que a mí me están vetadas. Una sensación de alivio me aturde. Por eso las fotografías de mis chicos no han aparecido en la galería con las imágenes de los muertos que han hallado. «Qué rosas tan bonitas», digo.

«Mi mujer adoraba las rosas rosas. Cada viernes yo tenía que traer un ramo a casa. Le decía, ¿por qué? Después de más de veinte años de matrimonio todavía necesitas pruebas de que te quiero». Ha identificado a su mujer y a tres de sus hijos. También a otros de Montreal, los afortunados, familias enteras sin ningún superviviente. Suelta una risita mientras regresa a la orilla. Entonces se gira y me hace una pregunta. «Mrs. Bhave, ¿quiere arrojar unas rosas para su seres queridos? Me quedan dos grandes».

Pero tengo otras cosas que lanzar: la calculadora de bolsillo de Vinod; una maqueta B-52 a medio pintar para mi Mithun. Las querrían en su isla. ¿Y para mi marido? para él dejo caer en las aguas quietas y cristalinas un poema que escribí ayer en el hospital. Por fin sabrá lo que siento por él.

«No se caigan, las rocas resbalan», avisa el Dr. Ranganathan. Alarga la mano para que pueda agarrarme.

Entonces ya es la hora de volver al autobús, de apresurarnos hasta nuestros puestos de guardia en los bancos del hospital.

Kusum es una de las afortunadas. Los afortunados volaron hasta aquí, identificaron a sus muchos seres queridos, y volarán a India con los cuerpos para las debidas ceremonias. Satish es uno de los pocos hombres que emergieron. Las fotos de los rostros que vimos en las paredes de una oficina en Heathrow y aquí en el hospital son sobre todo de mujeres. Las mujeres tienen más grasa corporal, me explicó sin ambages una monja. Flotan mejor.

Hoy un joven marinero me paró en la calle. Había ayudado a cargar cuerpos, se había metido en el agua cuando –busca en mi rostro signos de fortaleza– cuando descubrieron a los tiburones. Yo ni me sonrojo, y él se desmorona. «Está bien», digo. «Gracias». Sabía lo de los tiburones por el Dr.

Ranganathan. En su ordenado cerebro la ciencia procura comprensión, no cabe el terror. Es el deber de los tiburones. Hay un cazador para cada ciervo, un pescador para cada pez.

Los irlandeses no son tímidos; se lanzan hacia mí y me abrazan, algunos llorando. No puedo imaginarme reacciones como estas en las calles de Toronto. Solo son desconocidos, y eso me conmueve. Algunos llevan flores encima y se las dan a los indios que se van encontrando.

Después de la comida, un policía al que ya conozco bastante bien se me acerca. Me dice que cree que ha encontrado coincidencias con Vinod. Yo le explico lo buen nadador que es Vinod.

«¿Quiere que la acompañe mientras mira las fotos?». El Dr. Ranganathan camina delante de mí hacia la galería de fotos. En estas cuestiones es un científico, y yo se lo agradezco. Es una nueva perspectiva. «Han hecho milagros», dice. «Estamos en deuda con ellos».

Los primeros dos días los policías nos mostraban foto por foto a los familiares; ahora tienen prisa, quieren asegurarse de los posibles, incluso de los probables.

El rostro de la foto es el de un chico del estilo de Vinod; los mismos ojos inteligentes, las mismas cejas pobladas en forma de V. Pero los rasgos de este chico, también las mejillas, son más llenos, más anchos, más blandos.

«No». Otras fotos atraen mi mirada. Hay cinco chicos más que se parecen a Vinod.

La monja que me han asignado para consolarme frota la primera imagen con la punta del dedo. «Cuando llevan un tiempo en el agua, querida, se ven un poco más pesados. Los huesos están rotos bajo la piel, dijeron el primer día –intenten ajustar sus recuerdos–. Es importante».

«No es él. Soy su madre. Lo sabría».

«¡Conozco a este!», exclama el Dr. Ranganathan, y de repente, desde el fondo de la galería. «¡Y también a este!». Creo que él siente que no quiero encontrar a mis chicos. «Son los hermanos Kutty. También eran de Montreal». No quiero llorar. Al contrario, estoy eufórica. Mi maleta en el hotel está llena de ropa seca para mis chicos.

El policía se echa a llorar. «Lo siento, lo siento mucho, señora. De verdad que pensé que teníamos alguien que encajaba».

Con la monja abriendo el camino y el policía detrás, nosotros, los desafortunados que no tenemos los cuerpos de nuestros hijos, enfilamos la salida de la improvisada galería.

Desde Irlanda la mayoría de nosotros vuela a India. Kusum y yo cogemos el mismo vuelo directo a Bombay, así puedo ayudarla a pasar aduanas rápidamente. Pero tenemos que discutir con un hombre uniformado. Tiene la cara llena de forúnculos. Los forúnculos se hinchan y explotan mientras hablamos con él. Quiere que Kusum espere en la cola y se niega a tomar ninguna decisión porque su jefe está tomándose un té en una pausa. Pero Kusum no quiere perder de vista los féretros, y yo no pienso abandonarla aunque sé que mis padres, ancianos y diabéticos, deben de estar esperando dentro de un coche agobiante en un descampado abrasador.

«¡Cabrón!», le grito al hombre de los forúnculos. Otros pasajeros se acercan. «¡Crees que estamos pasando contrabando en esos féretros!».

Hubo alguna vez en el pasado en que fuimos mujeres bien educadas; fuimos esposas obedientes con la cabeza cubierta, con voces tímidas y complacientes.

En India vuelvo a ser otra vez la hija única de unos padres ricos y enfermos. Viejos amigos de la familia vienen a presentar sus respetos. Algunos son sijs y, por dentro, sin quererlo, me estremezco. Mis padres son personas progresistas; no culpan a una comunidad por algunos individuos.

En Canadá eso ahora es otra historia.

«Quédate más tiempo», implora mi madre. «Canadá es un sitio muy frío. ¿Para qué quieres estar sola?». Me quedo.

Pasan tres meses. Después otros tres.

«¡Vikram no hubiese querido que te rindieras!», protestan. Lllaman a mi marido por su nombre de nacimiento. En Toronto se lo cambió por Vik para que sus compañeros de oficina encontrasen su nombre tan fácil como Rod o Chris. «¡Sabes que los muertos no están separados de nosotros!».

Mi abuela, la hija mimada de un rico *zamindar*, se afeitó la cabeza con unas cuchillas oxidadas a los dieciséis años. Mi abuelo murió de diabetes infantil a los diecinueve, y ella se creyó portadora de mala suerte. Mi madre creció sin padres, criada por un tío indiferente, mientras su verdadera madre dormía en una cabaña detrás de la mansión y comía con los sirvientes. Se convirtió en una racionalista. Mis padres aborrecen toda mortificación innecesaria.

La hija del *zamindar* mantuvo su fe en los rituales védicos con obstinación; mis padres se rebelaron. Yo estoy atrapada entre dos modos de conocimiento. A los treintaiséis, soy demasiado vieja para empezar de nuevo y demasiado joven para rendirme. Como el espíritu de mi marido, estoy flotando entre dos mundos.

Cortejando la afasia, viajamos. Viajamos con nuestra falange de sirvientes y parientes pobres. A estaciones de montaña y centros turísticos en la playa. Jugamos al *bridge* en polvorientos clubes de recreo. Subimos temblorosas sendas de montaña montando ponis diminutos. En los bailes de tarde, nos dejamos voltrear por la sala un par de veces. Llegamos hasta los lugares sagrados que nunca habíamos tenido tiempo de visitar. En Varanasi, Kalighat, Rishikesh, Hardwar, los astrólogos y quirománticos me buscan para ofrecerme consolaciones cósmicas a cambio de un precio.

A los viudos ya les están mostrando nuevas candidatas para el matrimonio. Ellos no pueden resistirse a la llamada de la costumbre, la autoridad de sus padres y hermanos mayores. Se tienen que casar; es el deber de un hombre cuidar a una esposa. Las nuevas esposas serán jóvenes viudas con hijos, pobres pero de buena familia. Serán buenas esposas, pero los hombres las rehuirán. He recibido llamadas de los hombres por las chisporroteantes líneas telefónicas indias. «Sálvame», dicen, estos hombres educados, exitosos, sólidos cuarentones. «Mis padres me están concertando un matrimonio». En un mes habrán enterrado a una familia y regresado a Canadá con otra esposa y otra familia parcial.

En comparación, yo tengo suerte. Aquí a nadie se le ocurre concertar un marido para una viuda desafortunada.

Entonces, el tercer día del sexto mes de esta odisea, en un templo abandonado de un pequeño pueblo del Himalaya, cuando estoy ofreciendo flores y dulces al dios de una tribu de animistas, mi marido desciende hasta mí. Está sentado con las piernas cruzadas junto a un *sadhu* con vestiduras apolilladas. Vikram lleva el traje de color vainilla que llevaba la última vez que lo abracé. El *sadhu* arroja pétalos a una llama alimentada con manteca, recitando mantas en sánscrito, y se aparta las moscas de la cara. Mi marido coge mi mano entre las suyas.

Estás bellísima, empieza. Y entonces, *¿Qué estás haciendo aquí?*

¿Me quedo?, pregunto. Él se limita a sonreír, pero la imagen ya se está desvaneciendo. *Debes terminar tú sola lo que empezamos juntos.*

Ninguna corona de algas marinas oculta su boca. Habla demasiado rápido, como solía hacer cuando éramos una familia envidiada en nuestro adosado rosa. Se ha ido.

En este altar sin ventanas, entre el humo de varitas de incienso y lámparas de manteca, una mano sudorosa tantea mi blusa. No grito. El *sadhu* se arregla la túnica. Las lámparas sisean y se apagan con un chisporroteo.

Cuando salimos, mi madre pregunta, «¿Has sentido algo raro ahí dentro?».

Mi madre no tiene paciencia con fantasmas, sueños proféticos, santones, ni cultos.

«No», miento. «Nada».

Pero ella sabe que me ha perdido. Sabe que en unos días me iré.

Kusum ha puesto su casa en venta. Quiere vivir en un *ashram* en Hardwar. Trasladarse a Hardwar fue idea de su *swami*. Su *swami* dirige dos *ashrams*, el de Hardwar y otro aquí, en Toronto.

«No huyas», le digo.

«No estoy huyendo», dice ella. «Estoy buscando la paz interior. ¿Crees que tú o ese Ranganathan estáis mejor?».

Pam se ha ido a California. Quiere hacerse modelo, dice. Dice que cuando reciba el dinero del seguro abrirá un estudio de yoga y aeróbic en Hollywood. Me envía postales tan pícaras que no me atrevo a dejarlas en la mesita del café. Su madre la ha abandonado a ella y al mundo.

Los demás no perdemos el contacto, se trata de eso. Hablar es todo lo que tenemos, dice el Dr. Ranganathan, que también se ha resistido a todos los parientes y ha vuelto a su trabajo en Montreal, solo. Dice, ¿con quién hablar mejor que con otros familiares? Nos hemos fundido y hemos vuelto a emerger como una nueva tribu.

Me llama dos veces a la semana desde Montreal. Cada miércoles por la noche y cada sábado por la tarde. Ha cambiado de trabajo, ahora va a Ottawa. Pero Ottawa está a más de cien millas, y tiene que conducir doscientas veinte millas cada día hasta su casa en Montreal. No se puede decidir a vender su casa. La casa es un templo, dice; la cama de matrimonio en la habitación principal es un altar. Él duerme en un plegatín. Un devoto.

Aún quedan algunos parientes histéricos. Judith Templeton tiene una lista donde los que necesitan ayuda y los que han «aceptado» está en casi perfecto equilibrio. Aceptar significa que hablas de tu familia en pasado y que haces planes para llevar tu vida adelante. Podríamos hacer unos cursos que dan en Seneca College y Ryerson. Su reluciente maletín de cordobán está lleno de

catálogos universitarios y listas de asociaciones culturales que necesitan nuestra ayuda. Ha hecho un trabajo impresionante, le digo.

«En los manuales sobre la gestión del dolor», responde –me doy cuenta de que soy su confidente, una de las pocas personas cuyo dolor no ha dado lugar a obsesiones extrañas– «hay unas fases que transitar: negación, depresión, aceptación, reconstrucción». Ha elaborado un esquema y encuentra que, al cabo de seis meses de la tragedia, ninguno de nosotros sigue negando la realidad, pero solo unos pocos la están reconstruyendo. «Aceptación deprimida» es el estadio que hemos alcanzado. Volver a casarse es un paso importante en la reconstrucción (aunque está un poco sorprendida, incluso asombrada, de *cuán* rápido han vuelto a formar una familia algunos hombres). Vender la casa y cambiar de trabajo es señal de salud.

¿Cómo le digo a Judith Templeton que mi familia está conmigo, y que como criaturas épicas han cambiado de forma? Ella me ve tan calmada y conformada, pero le preocupa que no tenga trabajo ni carrera profesional. Mis amigos más íntimos están peor que yo. No puedo decirle que mis días, incluso mis noches, son emocionantes.

Me pide que la ayude con familias a las que no puede llegar. Una pareja de ancianos en Agincourt cuyos hijos fueron asesinados pocas semanas después de traer a sus padres de un pueblo en el Punjab. Por sus nombres sé que son sijs. Judith Templeton y una traductora les han visitado dos veces para ofrecerles dinero para un vuelo a Irlanda, con impresos bancarios y de poderes legales, pero ellos se han negado a firmar, o a abandonar el minúsculo apartamento. El dinero de sus hijos está congelado en el banco. Los apartamentos que sus hijos compraron como inversión han sido destrozados por los inquilinos, que han vendido los muebles. Los padres temen que firmar algo o recibir algún dinero significará el fin de las obligaciones de la compañía o del Gobierno para con ellos. Temen estar vendiendo a sus hijos a cambio de dos billetes de avión a un lugar que no han visto nunca.

La torre de apartamentos está llena de indios y caribeños, más un puñado de orientales. En la parada de autobús más cercana se alinean mujeres con *sari*. Los chicos juegan a críquet en el aparcamiento. Dentro del edificio, incluso a mí me incomoda un poco la ferocidad del olor a cebolla, la distintiva e inmediata indianidad del olor a *ghee* frita, pero Judith Templeton mantiene un flujo de información inalterable. Estos pobres ancianos están en peligro inminente de perder su casa y todos los servicios.

Le digo, «Son sijs. No abrirán la puerta a una mujer hindú». Y lo que quiero añadir es que, por mucho que intente evitarlo, me violenta la visión de

turbantes y barbas. Recuerdo un tiempo en que todos confiábamos unos en otros en este nuevo país, el nuevo país era lo único que nos preocupaba.

Los dos cuartos son oscuros y agobiantes. Las luces están apagadas y una lámpara de aceite balbucea sobre la mesita. La encogida anciana nos ha hecho pasar, y su marido está envolviendo su aceitado cabello, que le llega hasta las caderas, en un turbante blanco. Ella va a la cocina enseguida y yo escucho el sonido más familiar de un hogar indio, el agua del grifo golpeando el fondo de una tetera hasta llenarla.

No han pagado las facturas, por miedo y porque no saben rellenar un cheque. Les han cortado el teléfono y pronto le seguirán la electricidad, el gas y el agua. Le han dicho a Judith que se encargarán sus hijos. Son buenos chicos, y siempre han ganado dinero y han cuidado de sus padres.

Conversamos un poco en hindi. No preguntan sobre el accidente y yo me pregunto si debería sacar el tema. Si piensan que estoy aquí solo como traductora, pueden sentirse insultados. Hay miles de personas que hablan punyabí, sijs, en Toronto, que podrían hacer mejor el trabajo. Así que le digo a la anciana, «Yo también he perdido a mis hijos y mi marido en el accidente».

Sus ojos se llenan de lágrimas. El hombre farfulla unas pocas palabras que suenan como una bendición. «Dios nos da y Dios nos quita», dice.

Quiero decir, pero solo los hombres destrozan y no dan nada de vuelta. «Mis hijos y mi marido no van a volver», digo. «Tenemos que entender eso».

Ahora es la anciana quien responde. «¿Pero quién puede saberlo? El hombre no puede decidir estas cosas» Su marido asiente mostrando su conformidad.

Judith pregunta sobre los papeles del banco, los impresos de autorización. Con un golpe de bolígrafo, tendrán un apoderado provincial que pagará sus facturas, invertirá su dinero, y les enviará una pensión mensual.

«¿Conocen a esta mujer?», les pregunto.

El hombre levanta la mesa de la mano, la gira, y parece observar cada dedo por separado antes de responder. «Siempre que viene esta joven le preparamos té y nos deja papeles para que los firmemos». Sus ojos escrutan una pila de papeles en una esquina del cuarto. «Pronto se nos acabará el té. ¿Se irá entonces?».

La anciana añade, «He preguntado a los vecinos y nadie recibe visitas de *angrezi*. ¿Qué hemos hecho?».

«Es su trabajo», intento explicar. «El Gobierno está preocupado. Pronto ustedes no tendrán ningún lugar donde vivir, ni luz, gas, ni agua».

«El Gobierno recibirá su dinero. Dile que no se preocupe, que somos personas honradas».

Intento explicarle que el Gobierno quiere darles dinero, no recibirlo. Él levanta la mano. «Que lo cojan», dice. «Estamos acostumbrados a eso. No hay problema».

«Somos personas fuertes», dice la esposa. «Dígale eso».

«¿Quién necesita toda esta maquinaria?», pregunta el marido. «No es saludable, las luces tan fuertes, el aire frío en días de calor, la comida fría, los cuatro fuegos en la cocina. Dios proveerá, no el Gobierno».

«Cuando vuelvan nuestros chicos», dice la madre. Su marido chasquea la lengua. «Basta de charla», dice.

Judith interviene. «¿Les ha convencido?». Los broches del maletín de piel chasquean como fuegos artificiales en el silencioso apartamento. Coloca el fajo de legajos sobre la mesita. «Si no saben escribir sus nombres, una X servirá – ya se lo he dicho a ellos–».

Ahora la anciana ha ido a la cocina arrastrando los pies y pronto aparece con una tetera y dos tazas. «Creo que me voy a arruinar la vejiga con un trabajo como este», me dice Judith, sonriendo. «Si hubiese alguna manera de llegar hasta ellos. Por favor, dele las gracias por el té. Dígale que es muy amable».

Asiento mirando a Judith y les digo en hindi, «Les da las gracias por el té. Dice que son muy hospitalarios, pero no tiene la menor idea de lo que significa eso».

Quiero decir, Síganle la corriente. Quiero decir, Mis chicos y mi marido están conmigo, más que nunca. Miro a los ojos del anciano y puedo leer su mensaje tenaz de hombre del campo: *He protegido a esta mujer lo mejor que he podido. Ella es la única persona que me queda. Deme o quíteme lo que quiera, pero no lo firmaré. No fingiré que acepto.*

En el coche, Judith dice, «¿Ve a lo que me enfrento? Estoy segura de que son gente encantadora, pero su obstinación e ignorancia me están volviendo loca. Piensan que firmar un papel es firmar la sentencia de muerte de sus hijos, ¿no es así?».

Yo estoy mirando por la ventana. Quiero decir, *En nuestra cultura, la obligación de los padres es mantener la esperanza.*

«Bueno, Shaila, la siguiente mujer vive en el caos. Lloro día y noche, y rechaza toda ayuda médica. Quizás tendremos que...».

«Déjeme en el metro», digo.

«¿Perdone?». Puedo sentir esos ojos azules clavados en mí.

No le pegaría desobedecer. Simplemente no está de acuerdo y reduce la velocidad para dejarme salir en una esquina. Su voz es quejumbrosa. «¿Es algo que he dicho? ¿Algo que he hecho?».

A bote pronto podría darle una docena de respuestas, pero decido no hacerlo. «¿Shaila? Hablemos de ello», le oigo decir, y doy un portazo.

Una madre y esposa comienza su vida en un país nuevo, y entonces le cortan la vida. Sin embargo su marido le dice: «Completa lo que hemos empezado». Nosotros, que nos mantuvimos al margen de la política y cruzamos medio mundo para evitar los duelos religiosos y políticos, hemos sido los primeros en morir por ellos en el Nuevo Mundo. Yo ya no sé lo que empezamos, ni cómo completarlo. Escribo cartas a los periódicos locales y a miembros del Parlamento. Ahora por lo menos admiten que fue una bomba. Un miembro del Parlamento responde, con simpatía, pero con un desafío. ¿Quiere marcar la diferencia? Trabaje en una campaña. Trabaje en la mía. Politice al votante indio.

El viejo abogado de mi marido me ayuda a crear un fideicomiso. Vikram era ahorrador, y un inversor cuidadoso. Había ahorrado para los internados y la universidad de los chicos. Vendo la casa rosa por cuatro veces lo que nos costó y cojo un pequeño apartamento en el centro. Estoy buscando alguna fundación benéfica a la que dar apoyo.

Estamos en el pleno invierno de Toronto, cielos grises y pavimentos helados. Me quedo en casa viendo la televisión. He intentado sopesar mi situación, pensar cómo vivir mi vida de la mejor manera posible, completar lo que empezamos hace tantos años. Kusum me ha escrito desde Hardwar que su vida está ahora serena. Ha visto a Satish y ha oído cantar a su hija de nuevo. Iba en una peregrinación, y al pasar por un pueblo oyó una voz de chica cantando uno de los *bhajans* favoritos de su hija. Siguió la música a través de la miseria de un pueblo de los Himalayas, hasta una choza donde una muchacha, una réplica exacta de su hija, avivaba el carbón bajo el fuego de la cocina. Cuando ella apareció, la muchacha gritó, «¡Mamá!» y salió corriendo. ¿Qué me parecía eso?

Creo que solo puedo envidiarla.

Pam no llegó hasta California, pero me escribe desde Vancouver. Trabaja en unos grandes almacenes, asesorando a chicas indias y orientales sobre maquillaje. El Dr. Ranganathan ha dejado su trabajo en Ottawa y su casa, y ha aceptado un puesto académico en Texas, donde nadie conoce su historia, y él ha jurado no contarla. Ahora me llama una vez a la semana.

Yo espero, escucho, y rezo, pero Vikram no ha vuelto a mí. Las voces y las formas y las noches llenas de visiones se acabaron de repente hace algunas semanas.

Lo he tomado como una señal.

Un día extraño, hermoso y soleado de la semana pasada, cuando volvía de un recado en Young Street, estaba cruzando el parque desde el metro a mi apartamento. Vivo a la misma distancia del Parlamento de Ontario y la Universidad de Toronto. El día no era frío, pero algo en los desnudos árboles me llamó la atención. Levanté la mirada desde la gravilla, hacia las ramas y el cielo azul claro que se extendía más allá. Pensé que había oído el crujir de formas más grandes, y esperé un momento por si oía voces. Nada.

«¿Qué?», pregunté.

Entonces, mientras estaba de pie en el camino mirando hacia Queen's Park al norte y hacia la universidad al oeste, escuché las voces de mi familia por última vez. *Ha llegado tu momento*, dijeron. *Adelante, sé valiente*.

No sé dónde terminará este viaje que he empezado. No sé qué dirección tomaré. Dejé el paquete en un banco del parque y eché a andar.

FUENTE DEL TEXTO ORIGINAL

Mukherjee, Bharati, «The Managment of Grief», *The Middleman and Other Stories*, Nueva York, Grove Press, 1988, págs. 177-197.